

Cuarto Domingo de Adviento

Filipenses 4:4-7

“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”

1. Es una Epístola corta, pero es una instrucción importante y rica de la fe cristiana. Primero, nos enseña cómo debemos conducirnos hacia Dios, y después, a nuestro prójimo. Dice:

“Regocijaos en el Señor siempre”.

NUESTRA CONDUCTA HACIA DIOS—REGOCIARSE EN ÉL

2. Este gozo es un fruto y resultado de la fe, como dice Gál 5:22-23: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”. Es imposible que un corazón se regocije en Dios sin antes creer en él. En donde no hay fe, solo hay temor, huida, timidez y tristeza tan pronto que se piense en Dios y su nombre; de hecho, hay odio y enemistad hacia Dios en tales corazones. La razón es que el corazón encuentra que es culpable en su conciencia y no tiene confianza de que Dios sea misericordioso y favorable, puesto que conoce que Dios es el enemigo del pecado y que lo castiga terriblemente.

3. Puesto que estas dos cosas están en su corazón, la conciencia del pecado y el conocimiento del castigo de Dios, siempre tiene que estar deprimido, abatido, hasta aterrado. Se preocupa continuamente de que Dios esté tras él con el garrote. Salomón dice (Pro 28:1): “Huye el malvado sin que nadie lo persiga”. Y Deuteronomio 28:65-66 dice: “Allí te dará Jehová un corazón temeroso, ... no tendrás seguridad de tu vida”, etc. Se podría mejor tratar de convencer al agua a quemarse que llevar a tal corazón a tener gozo en Dios, porque siente en su conciencia la presión de la mano de Dios. Por tanto, el profeta dice (Sal 32:11): “Alegraos en Jehová y gozaos, justos; ¡cantad con júbilo todos vosotros los rectos de corazón!” Tienen que ser los justos que se regocijan en el Señor.

Esta Epístola, entonces, no fue escrita para pecadores, sino para santos. Primero se tiene que decir a los pecadores cómo pueden ser librados de sus pecados y recibir a un Dios misericordioso; luego el gozo seguirá naturalmente cuando sean librados de su conciencia mala.

4. Pero ¿cómo se libra uno de una conciencia acusadora y recibe la seguridad de la misericordia de Dios? Respondo: he dicho lo suficiente sobre esto antes en la postila anterior y hablaré con frecuencia de eso después. El que quisiera tener una conciencia tranquila, y hallar a un Dios misericordioso no debe comenzar con las obras, como

hacen los engañadores, que atormentan aún más los corazones y aumentan el odio contra Dios. Más bien, debe desesperarse completamente de las obras, aprehender a Dios en Cristo, acogerse del evangelio, y creer lo que promete.

5. ¿Pero qué promete el evangelio, sino que Cristo es dado por nosotros; que él lleva nuestros pecados; que él es nuestro Obispo, Mediador y Abogado ante Dios, y que así solo por medio de él y su obra nuestros pecados son perdonados, Dios es reconciliado, y nuestras conciencias son libradas y consoladas? Cuando esta fe correcta en el evangelio está en el corazón, entonces para él Dios se hace dulce y amoroso. Luego el corazón no siente nada sino favor y gracia con toda clase de confianza y no teme su castigo; está seguro y con buen espíritu porque Dios le ha dado gracia y bondad sobreabundante en Cristo. Por tanto, tal fe tiene que resultar en amor, gozo, paz, cantar, agradecer y alabar; tener un deleite de corazón en Dios, como hacia su Padre querido y misericordioso, que trata con él en forma tan paternal y, sin ningún mérito propio, abundantemente derrama su bondad en él.

6. Mira, San Pablo aquí habla de esta clase de gozo. Allí no hay ningún pecado, ningún temor de la muerte o el infierno, sino más bien una confianza alegre y todopoderosa en Dios y su bondad. Por eso lo llama un gozo en el Señor, no en la plata o el oro, no en comer o beber, no en el placer o el cantar, no en la fuerza o la salud, no en el conocimiento o la sabiduría, no en el poder o el honor, no en la amistad o el favor, no, ni siquiera en las buenas obras o la santidad. Porque estos son gozos engañosos, falsos, que nunca conmueven las profundidades del corazón, de lo cual la gente dice: “Se regocija, pero su corazón no está en él”.

Pero regocijarse en el Señor es confiar, gloriarse, depender de y jactarse en el Señor como en un Padre misericordioso. Tal gozo rechaza todo lo que no sea el Señor, incluyendo su propia santidad, de lo cual Jeremías dice (cap. 9:23-24): “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que haya de alabarse: en entenderme y conocerme”. Asimismo, Pablo dice (1 Cor 1:31): “Pero el que se gloria, glóriese en el Señor”.

7. También dice que debe haber gozo en todo tiempo. Toca en los que se regocijan en Dios, lo alaban y le dan las gracias la mitad del tiempo, a saber, cuando las cosas les van bien; pero cuando las cosas les van mal, termina el regocijo. Acerca de ellos el Salmo 48 enseña que alabarán a Dios cuando él les favorezca. David habla de otra manera cuando dice (Salmo 34:1): “Bendeciré a Jehová en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca”. Y David tiene mucha razón para hacerlo, porque ¿quién dañará o angustiará al que es favorecido por Dios? El pecado no le hace daño; ni tampoco la muerte ni el infierno, como canta David (Salmo 23:4): “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno”. Y Pablo escribe (Rom 8:35, 38-39): “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? ... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo

profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

“Otra vez digo: ¡Regocijaos!”

8. El apóstol enfatiza su amonestación repitiéndola, y es muy necesario. Puesto que vivimos en medio del pecado y el mal, y ambas cosas llevan a la tristeza, el apóstol quiere que seamos consolados; aunque podríamos a veces caer en el pecado, quiere que nuestro gozo en Dios sea más fuerte que nuestra tristeza por el pecado. Es ciertamente verdad que el pecado naturalmente trae con él la tristeza y una conciencia temerosa, y no podemos siempre estar sin pecado, aun así, debemos dejar que domine el gozo y que Cristo sea mayor que nuestros pecados, como dice San Juan (1 Juan 2:1-2): “Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados”. Otra vez (1 Juan 3:20): “Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas”.

NUESTRA CONDUCTA HACIA LOS HOMBRES—LA GENTILEZA

“Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca.”

9. Después de instruirles en cuanto a su conducta hacia Dios, su deber de servirlo con corazones gozosos, Pablo brevemente trata cómo deben conducirse ante los hombres, diciendo: “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres”. En otras palabras: Ante Dios siempre deben estar felices, pero ante los hombres deben ser pacientes y siempre dirigir sus vidas para hacer y sufrir y ceder todo lo que no sea contrario a los mandamientos de Dios, para que puedan hacerse agradables a toda la gente. No solo no deben ofender a nadie, sino actuar para lo mejor e interpretar todo lo que hagan los demás en la mejor forma, para que la gente vea claramente que eres uno para el cual todas las cosas son iguales. El resultado será que estarán contentos con todo lo que sucede y no se aferrarán a nada por lo cual podrían entrar en discordia con alguien. Con los ricos sean ricos, con los pobres, pobres. Regocíjense con los que gozan, lloren con los que lloran. Finalmente, sean todo para todos los hombres, para que todos tengan que confesar que no han sido desagradables con nadie, sino apropiados, iguales, justos y bondadosos con todos.

10. Tal es el significado de la pequeña palabra que el apóstol aquí emplea, *ἐπιείκεια*, *aequitas*, *clementia*, *commoditas* [equidad, clemencia, acomodación], y no puedo traducirlo mejor que con “gentileza”. Significa que la persona se adapta o se acomoda al otro; y actúa hacia uno igual como al otro, y trata a todos por igual. No se presenta como un ejemplo o modelo, y no requiere que todos se guíen, se adapten y se limiten conforme a su ejemplo. Así la justicia se divide entre la justicia rígida y la justicia considerada. Cuando la justicia severa se suaviza, eso se llama *aequitas*, *moderatio*, *clementia juris* [la equidad, la moderación y la clemencia de la ley]. El traductor al latín ha traducido nuestra palabra “*modestia*”, la moderación. Esta palabra comunicaría el pensamiento apropiadamente si no se entendiera usualmente en su relación con comer, beber y vestirse. Esta moderación, sin embargo, debe ser una vida de moderación que

suaviza, adapta y se guía conforme a la habilidad del otro y a lo que es apropiado; cede, encomienda, sigue, cede, actúa, refrena, tolera cuando ve cómo puede acomodarse a su prójimo, aunque tenga que sufrir daño o pérdida de la propiedad, el honor y la vida.

11. Debemos explicar esto con ejemplos, para entender mejor. Pablo dice (1 Cor 9:19-22): “Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar al mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la Ley (aunque yo no esté sujeto a la Ley) como sujeto a la Ley, para ganar a los que están sujetos a la Ley; a los que están sin Ley, como si yo estuviera sin Ley (aunque yo no estoy sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin Ley. ...a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos”. Es decir, Pablo comió, bebió y se comportó como los judíos con ellos conforme a la ley, aunque no fue obligado a hacerlo. También comió y bebió con los gentiles sin considerar la ley, y se condujo como ellos, puesto que solo se requieren la fe y el amor, y todo lo demás el hombre es libre para omitir u observar. Por tanto, por amor a uno, puede observar todas las leyes; por amor a otro, omitirlas, y así hacer lo que es correcto para cada uno.

Ahora, si alguien ciego y obstinado se presentara, exigiendo como necesario omitir esta cosa y observar otra, como lo hicieron ciertos judíos, e insistiendo que todos lo sigan a él y no querer él seguir a nadie, eso destruiría la igualdad; de hecho, hasta destruiría la libertad cristiana y la fe. Como Pablo, para mantener la libertad y la verdad, debemos rehusar ceder a tal persona.

12. Asimismo, Cristo permitió a sus discípulos violar el sábado, y él mismo con frecuencia lo quebrantó cuando era necesario (Mat 12 y Mar 2); pero en donde no fue necesario, observaba el día, y dio como razón: “Por tanto, el Hijo del hombre es Señor aun del sábado” (Mark 2:28). Es decir, la ley del sábado es libre; y puede quebrantarse en amor por y en servicio de otro, y otra vez guardarlo en amor para otro.

13. Así por amor a los judíos, dice Lucas, Pablo circuncidó a Timoteo. Sin embargo, no permitió que Tito fuera circuncidado porque insistían en eso y no querían dejar que la circuncisión fuera libre. Quería tener la autoridad de hacer cualquiera de las dos cosas en servicio a otra persona; pero no quería ser forzado, como si tuviera que ser así por amor a la obra misma.

14. Así llegamos a nuestra propia situación: Cuando el Papa nos manda confesar, recibir el sacramento, ayunar, comer pescado, o cualquier otra cosa que él manda, e insiste que hagamos estas cosas porque la iglesia lo requiere de nosotros, calmadamente debemos pisotear sus mandatos, haciendo lo opuesto, para que permanezca la libertad. Pero cuando no lo exige, para agradarlo debemos observar los mandatos con los que los guardan, y otra vez omitirlos con los que los omiten, y decir, como dijo Cristo: “el Hijo del hombre es Señor aun del sábado”, y mucho más de las leyes humanas. Guardar tales mandatos libremente no hace daño, ni a la fe ni al evangelio; pero guardarlos como necesarios o por obediencia destruye la fe y el evangelio.

15. Debemos actuar de la misma manera en toda clase de otros estatutos externos de cosas que en sí son libres y no contra la fe o el amor, con esta distinción: que las guardemos por amor y libertad para agradar a aquellos entre quienes estamos, de modo que estemos de acuerdo con ellos y nos acomodemos a ellos. Pero si insisten que debemos obedecer y estamos obligados a hacer estas cosas como necesarias para la salvación, entonces debemos omitir todas las cosas de esa clase y hacer lo opuesto para probar que nada es necesario para el cristiano aparte de la fe y el amor: todas las otras cosas son libres en amor, para guardarse o pasar por alto como convenga para los que están alrededor de nosotros. Guardar tales cosas por amor y libertad no hace ningún daño, pero guardarlas por necesidad u obediencia es condenable. Las mismas cosas se deben entender en cuanto a ceremonias, himnos, oraciones y todas las otras ordenanzas de la iglesia: mientras hacemos estas cosas por el amor y la libertad, debemos guardarlos solo para servir y agradar a los que nos rodean, cuando las obras no son en sí malas. Pero cuando insisten que se tiene que hacer de esa manera, entonces inmediatamente debemos parar y hacer lo opuesto para mantener la libertad de la fe.

16. Con esto ves el carácter diabólico de los conventos, los monasterios y todo el papado. Porque sencillamente hacen de un asunto de libertad y amor uno de necesidad y obediencia forzada, por lo cual el evangelio, inclusive la fe, se destruye, a no mencionar la miseria resultante del pueblo común que se somete a obedecer por causa de los apetitos de ellos. Porque ¿cuántos ahora asisten a la capilla y oran sus horas por amor a Dios? Una destrucción general de los claustros y monasterios sería la mejor reforma, porque no dan ningún beneficio al cristianismo y ciertamente podemos existir sin ellos. Antes que se pudiera establecer la libertad en un convento o monasterio, cientos de miles de almas se perderían en otros. Así, cuando una cosa no es útil ni necesaria sino causa daño indecible y no puede ser mejorada, sería mucho mejor completamente destruirla.

17. Pero otra vez, cuando el gobierno civil manda sus leyes y exige impuestos, debemos servir libremente, aunque nos obligan, porque en este caso nuestra libertad y fe no están puestas en peligro, porque no dicen que guardar sus leyes es necesaria para la salvación, sino solo para el dominio, la protección y la autoridad civil. Por tanto, aquí la conciencia se queda libre, y la fe no es dañada cuando hacemos estas cosas. Debemos conformarnos plenamente con cualquier cosa que no viola nuestra fe y da beneficio a otros. Pero cuando insisten que guardar sus leyes es necesario para la salvación, entonces debemos hacer lo que se acaba de decir acerca de las leyes del Papa y de los monasterios.

18. Ahora, según este ejemplo, cada uno debe ser adecuado e igual, o dispuesto, en todos los asuntos con toda la gente, como dice San Pablo aquí, de modo que nadie considera ni sigue sus propios derechos, sino lo que agrada y es provechoso para los demás. Pablo aquí con una sola palabra anula todos los derechos. Si tienes un derecho y tu prójimo necesita que le cedas ese derecho, actuarías contra el amor y la igualdad si buscaras y exigirías ese derecho, puesto que no haría daño a tu fe si hicieras el servicio

que debes a tu prójimo. Después de todo, quisieras que él lo hiciera para ti, como dice la ley natural.

De hecho, según esta enseñanza, si alguien te hiere o te hace daño, luego debes considerar eso bien y pensar lo mejor de eso, como hizo aquel santo mártir que, cuando se le quitaron todas sus posesiones, dijo: “A Cristo no me lo pueden quitar”. Así debes también decir: “Este no ha hecho ningún daño a mi fe. ¿Por qué no debo considerarlo un bien, ceder a él, y acomodarme a él?”

19. No puedo ilustrar mejor este punto que con la conducta de dos buenos amigos. Como ves que actúan uno hacia el otro, así debemos actuar con toda la gente. ¿Qué hicieron? Cada uno hizo lo que agradó al otro; cada uno cedió, se sometió, toleró, hizo o no hizo según lo que vio como útil y agradable al otro, sin embargo, todo fue libre, sin obligación. Así, cada uno se adaptó y se acomodó al otro, y ninguno obligó al otro a hacerlo. Si uno tocó la propiedad del otro, no lo reclamó. En resumen, no había ninguna ley, ningún derecho, ninguna coerción, ninguna necesidad, sino solo libertad y buena voluntad. Sin embargo, todas estas cosas sucedieron tan abundantemente que de otro modo uno no podría haber exigido la centésima parte de ellas sin la ley y la coerción.

20. Los tercos e inflexibles no disculpan a nadie, sino quieren dirigir y controlar todo según su propia cabeza; causan confusión en el mundo entero y son la causa de todas las guerras y la miseria en la tierra. Después dicen que actuaron por amor a la justicia, pero aun los paganos han dicho: “la más rigurosa justicia es la más grande injusticia”. Salomón dice (Eclesiastés 7:16): “No seas demasiado justo, ni sabio en exceso”. Así como la más rigurosa justicia es la más grande injusticia, así la más alta sabiduría es la más grande necedad. Es lo mismo como el dicho “Cuando los sabios actúan neciamente, son extremadamente necios”. Si Dios siempre aplicara la más rígida justicia, no viviríamos por un momento. San Pablo alaba tal gentileza en Cristo (2 Cor 10:1), diciendo: “Yo... os ruego por la mansedumbre y bondad de Cristo”, que debemos poner un límite en nuestra mente, derechos, sabiduría y discreción, y adaptarnos a la condición de otros en todo respecto.

21. Observa cuán hermosamente se expresan las palabras: “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres”. Puedes preguntar: “¿Cómo puede una persona llegar a ser conocido de todos los hombres? ¿Debemos jactarnos de nuestra mansedumbre, proclamándola a todos?” Dios nos libre de esto. Pablo no dice: “Jáctate de y proclama tu mansedumbre”, sino, que sea conocido por, o experimentado por todos los hombres. Es decir, realmente usarla ante la gente, no que pienses de ella ni hables de ella, sino que la demuestres en tu vida y obras. Entonces todos deben ver, comprender y experimentarla, y luego, vencidos por esa experiencia pública, no pueden decir nada más de ti sino que eres manso, aunque les gustaría decir algo diferente acerca de ti. Sus bocas serán tapadas por el conocimiento general de tu gentileza, como dice Cristo (Mat 5:16): “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Y Pedro (1 Ped 2:12): “Mantened buena vuestra manera de vivir entre los gentiles, para que en lo que murmuran de

vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras”. No está en nuestro poder hacer que nuestra moderación sea aceptable a todos los hombres, pero es suficiente que la demos a todos y les dejemos experimentarla en nuestras vidas.

22. “Todos los hombres” aquí no significa todas las personas en la tierra, sino toda clase de persona, amigos y enemigos, grandes y humildes, señores y siervos, ricos y pobres, paisanos y extranjeros, parientes y desconocidos. Sucede que algunos actúan en forma muy amistosa y gentil hacia los desconocidos, pero hacia su propia gente, con quienes están familiarizados, son tercos y duros. Cuántos hay que tratan bien a los grandes y ricos, que interpretan todo lo que ellos hacen de la mejor manera, pero con los sirvientes, con los pobres y humildes, son severos y duros, interpretando todo lo que hacen en el sentido más desfavorable. Asimismo, todos se inclinan a interpretar en el mejor sentido y tolerar a sus propios hijos, padres, amigos y parientes. Con cuánta frecuencia un amigo lisonjea a otro, lo cual es un vicio público, lo perdona y es guiado por él, pero hace lo opuesto hacia su enemigo y adversario. Entonces no puede hallar en él nada bueno, no hay ninguna interpretación tolerante ni favorable, sino lo critica según cómo parecen las cosas.

23. San Pablo habla aquí contra tal gentileza desigual y parcial. Quisiera que la amabilidad del cristiano fuera perfecta y completa, manifestada a uno como al otro, sea un amigo o enemigo. Quisiera que el cristiano soportara y respetara a todos, sin considerar la persona o el mérito. La amabilidad es esencialmente buena, inherentemente bondadosa, sin pretensión; así como el oro sigue siendo oro si es poseído por una persona piadosa o mala. Las monedas de plata no se convirtieron en ceniza cuando Judas, el traidor, las recibió. Así todas las criaturas de Dios son genuinas y quedan iguales para todos. Así la gentileza que se adquiere en el Espíritu sigue siendo gentil, sea que se dirija hacia un amigo o enemigo, a rico o pobre.

24. Pero la naturaleza engañadora actúa como si el oro quedara oro en mano de San Pedro, pero se convirtiera en cenizas en manos de Judas. La amabilidad racional y natural es amable con los ricos, los grandes, los extraños y amigos, pero no con toda la gente; por tanto, es falsa, vacía, fraudulenta; es hipocresía, puro engaño y truco ante Dios. Nota lo imposible que es para la naturaleza humana mantener esta gentileza espiritual, y cuan pocos individuos están conscientes de las imperfecciones de su hermosa y fina paciencia que manifiestan hacia ciertas personas. Piensan que hacen bien, a la vez que son rudos hacia otros. Esa es la enseñanza de nuestra naturaleza humana sucia y mezquina con su hermosa razón, que siempre decide y actúa contrario al Espíritu, como dice Pablo en Romanos 8:5: “Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne”.

25. Con estas pocas palabras Pablo comprende toda la conducta cristiana hacia su prójimo. El que es gentil hace bien al cuerpo y alma de todos, en palabra y obras, tolera las heridas y la malicia de todos. Esto, entonces, no es otra cosa sino amor, paz,

paciencia, longanimidad, gentileza, bondad, mansedumbre, de hecho, todo lo que se incluye en los frutos del Espíritu. Gálatas 5:22.

OBJECIONES CONTESTADAS.

26. Pero dirás: “Sí, pero en ese caso ¿quién quedaría para gozar un pedazo de pan por causa de la gente mala lista para abusar de la igualdad y apoderarse de todo, ni siquiera dejándonos nada en la tierra?” Escucha cuan ampliamente Pablo responde a tu pregunta, hasta la conclusión de esta lección de la Epístola. Dice, primero:

“El Señor está cerca”.

27. Si no hubiera Dios, con razón tendrías que temer a los malos. Pero no solo hay un Dios; está “cerca”. No te olvidará ni te abandonará. Sólo sé paciente con todos los hombres, y dejes que él se preocupe de cómo te sostendrá y te protegerá. Si te ha dado a Cristo, el tesoro eterno, ¿cómo no te dará también las necesidades de tu estómago? Él tiene mucho más de lo que otros puedan quitarte. Ya posees en Cristo más de todos los tesoros de este mundo. El salmista dice (Salmo 55:22): “Echa sobre Jehová tu carga y él te sostendrá”; y Pedro escribe (1 Ped 5:7): “Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros”. Y Cristo en Mateo 6:28,26 nos señala las flores del campo y las aves del cielo. Esto equivale a decir: “el Señor está cerca”. Ahora sigue:

“Por nada estéis angustiados”.

28. Por nada estéis angustiados, sino dejen que Dios se preocupe de ustedes. El que ahora reconocen es capaz de preocuparse por ustedes y cuidarlos. Los paganos, que no saben que tienen a un Dios, se preocupan, como Cristo también dice (Mat 6:31-32): “No os angustiéis, pues, diciendo: ‘¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?’, porque los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas”. Así, deja que el mundo entero te quite y te haga daño; tendrás suficiente y no morirás de hambre ni frío a menos que te quiten tu Dios, que te cuida. ¿Pero quién lo quitará de ti a menos que tú mismo lo abandonas?

Por tanto, no tenemos por qué angustiarnos, porque nuestro Padre y Protector tiene todas las cosas en sus manos, inclusive aquellos que con todas sus posesiones quisieran robar o herirnos. Más bien, debemos siempre regocijarnos en Dios y ser pacientes hacia toda la gente, como los que estamos seguros de tener suficiente para cuerpo y alma y sobre todo de tener a un Dios misericordioso. Los que no lo tienen, tienen que preocuparse. Nuestra preocupación debe ser no preocuparnos, sino solo estar gozosos en Dios y pacientes con la gente. De eso el salmista dice (Salmo 37:25): “Joven fui y he envejecido, y no he visto justo desamparado ni a su descendencia que mendigue pan”. Y otra vez (Salmo 40:17): “Jehová pensará en mí”.

LA ORACIÓN

“Sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”.

29. Aquí Pablo nos enseña cómo echar todas nuestras preocupaciones sobre Dios. El significado es: No se preocupen. Si algo sucediera que ocasionaría cuidado o ansiedad, y tal será el caso, porque muchas pruebas les sucederán en la tierra, actúen así: no busquen tratar con lo que les preocupa, sea lo que sea, sino dejen atrás la preocupación, vuelvan a Dios con oración y súplica, y pídanle lograr todo lo que querían lograr con sus preocupaciones. Háganlo con gratitud porque tienen a un Dios que les cuida y a quien pueden presentar con valentía todas sus preocupaciones.

El que no hace eso cuando algo sucede, sino primero quiere medirlo con su razón y manejarlo con sus propias ideas, y así maneja sus propias preocupaciones, esa persona se hunde en profunda miseria, pierde su gozo y paz en Dios, y todo eso para no lograr nada, sino solo excava la arena, hundiéndose siempre más profundamente, y no puede salirse. Aprendemos esto todos los días en nuestra propia experiencia y en la de otros.

30. Se dice esto para que nadie decida abandonar todas las cosas y ponerlas sobre Dios en tal forma que no hace nada más, es completamente flojo, y ni siquiera ora acerca de ellas, porque pronto será trastornado y se caerá en las preocupaciones; más bien, debemos luchar por estas cosas. Precisamente por eso mucho sucede que nos ocasiona la preocupación, para que seamos impulsados por esas preocupaciones a orar. No en vano el apóstol confronta las dos cosas “por nada estéis angustiados” y, en todas las cosas huyan a Dios. “Nada” y “todas” son términos opuestos, por los cuales Pablo hace claro que muchas cosas nos empujan a preocuparnos, pero en todas ellas no debemos preocuparnos de nada, sino más bien orar, encomendarlas a Dios y pedir lo que nos falta.

31. Aquí debemos ahora ver cómo formar nuestras oraciones y cuál es una buena forma de orar. Enumera cuatro clases de oración: oración, ruego, acción de gracias y petición. La “oración” no es otra cosa sino palabras o habla, como, por ejemplo, el Padrenuestro y los salmos, etc., en las cuales a veces se dice algo más de lo que estamos pidiendo.

El “ruego” es cuando la oración es fortalecida por algo más, tal como cuando pido algo a alguien por amor a su padre o algo más que ama o valora, o cuando pedimos a Dios por causa de su Hijo, sus santos, sus promesas, su nombre, como hace Salomón (Salmo 132:1): “Acuérdate, Jehová, de David y de toda su aflicción”. Pablo hace lo mismo (Rom 12:1): “Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios”; y (2 Cor 10:1): “Yo... os ruego por la mansedumbre y bondad de Cristo”.

“Pedir” es nombrar lo que nos inquieta, lo que deseamos en la oración y el ruego, como en el Padrenuestro, que es una oración con siete peticiones, como dice Cristo (Mat 7:7-8): “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”.

Las “acciones de gracias” enumeran las bendiciones recibidas y así fortalecemos nuestra confianza para esperar lo que pedimos.

32. Así la oración se hace fuerte, penetra por el ruego, se hace dulce y agradable por las acciones de gracias, y así junto con la fuerza y la dulzura vence y recibe lo que pide. Vemos este método de orar en el uso de la iglesia y de todos los santos padres en el Antiguo Testamento, que siempre ofrecían ruegos y acciones de gracias en sus oraciones. Así el Padrenuestro se abre con alabanza y acción de gracias y abraza a Dios como Padre, y penetra a él por amor paternal y como de un niño; esta súplica es sin igual. Por eso, es la oración más alta y noble bajo el sol.

33. Con estas palabras San Pablo espiritualiza y explica hermosamente el misterio del incensario de oro de que Moisés escribió mucho en el Antiguo Testamento, detallando cómo los sacerdotes deberían quemar incienso en el templo. Todos somos sacerdotes, y nuestras oraciones son el incensario. Lo primero es la vasija de oro, que significa las palabras de la oración, que son preciosas y queridas, como lo son las palabras del Padrenuestro, de los salmos, y de otras oraciones. Siempre en las Escrituras la palabra vasija representa las palabras que dan y toman el significado, así como la vasija contiene vino, agua, carbones, o lo que sea. Asimismo, la copa de oro en Babilonia (Apocalipsis 17:4) se entiende como la doctrina humana; y la copa que contiene la sangre de Cristo se entiende como el evangelio.

34. Segundo, los carbones encendidos son la acción de gracias por y la enumeración de los beneficios en la oración, porque los carbones significan beneficios, como Pablo muestra cuando cita las palabras de Salomón (Rom 12:20 Pro 25:21-22): “Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza” (RVR1960). Pero hay carbones encendidos, porque los beneficios conquistan y poderosamente encienden el corazón. En la ley se mandó sacar los carbones encendidos solo del altar; así en la oración no debemos citar nuestras propias obras y méritos, como lo hizo el fariseo en el Evangelio (Luc 18:11-12), sino recibir beneficios en Cristo. Él es el altar sobre el cual estamos ofrecidos; por este beneficio debemos dar gracias y orar, como Pablo dice (Col 3:17): “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”. Dios no puede tolerar otra cosa, como mostró cuando quemó a los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, ante el altar porque sacaron carbones para el incensario de otra parte que no fue el altar (Levítico 10:1-2).

35. La petición es el incienso, como el incienso o tomillo que se ponía en los carbones cuando la oración se completó. Cuando San Pablo aquí dice: “sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios”, tiene en mente el humo que sube del incensario, como si quisiera decir: “Si quisieras ofrecer un dulce olor de incienso a Dios, expresa tu petición en súplica con acciones de gracias. Este es el incienso precioso, dulce que Dios reconoce, que asciende tan directamente ante él como una vela y una vara”. Tal oración penetra el cielo. La acción de gracias y los beneficios hacen la petición intrépida y fuerte, además de fácil, gozosa y dulce, así como los carbones encendidos aumentan el humo. De otro modo la oración es fría, floja y difícil, si el corazón no se enciende primero con los carbones de los beneficios.

36. Pero ¿qué significa “hacer conocer” nuestras oraciones a Dios cuando él las conoce antes que comencemos, de hecho, primero viene a nosotros y nos induce a orar?

Respondo: San Pablo dice esto para enseñarnos cómo es una oración debida, a saber, que no sale al viento y no se ora con duda, como hacen los que no prestan atención a si Dios los escuche o no, que siempre están inseguros y hasta pueden pensar que Dios no oye. Eso no es orar o pedir, sino tentar y burlarse de Dios. Si alguien me pidiera un centavo y no creyera ni pensara que se lo daría, no lo escucharía, sino pensaría que se estaba burlando de mí o no estaba en serio. ¡Cuánto menos escuchará Dios a tal palabrería? Una oración debe hacerse conocer ante Dios; a saber, no debemos dudar que Dios nos oye y que viene ante él, de modo que seguramente lo tendremos. Si no creemos que Dios oye, o que nuestra oración se presenta ante Dios, entonces ciertamente no llega ante él. Como creemos, así sucede.

Por tanto, el humo que asciende es solo nuestra fe en la oración, que creemos que nuestro ruego llega a Dios y es escuchado. Con estas palabras Pablo toca lo que muchas veces se dice en los salmos: “Mi clamor llegó hasta sus oídos” (Salmo 18:6). “Suba mi oración delante de ti” (Salmo 141:2), etc. Cristo dice: “Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mar 11:24; Mat 21:22). Y Santiago aconseja (cap. 1:6-7): “Pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda no piense... que recibirá cosa alguna del Señor”.

37. Por eso, es fácil ver que en el mundo entero el clamor en los claustros y monasterios es solo burla y poner a prueba a Dios. Tal oración se hace conocido bastante bien a los hombres, puesto que claman y braman sin fin, pero Dios no la reconoce puesto que no llega ante él; ellos mismos no creen ni están seguros de que llega ante él. Como creen, así sucede. Ya es tiempo de disminuir esa burla y tentar a Dios y destruir tales casas de burla, como Amós las llama (Amós 7:9-13; 6:8, 11). Si tan solo oráramos así, ¡cuánto lograríamos! Pero ahora oramos mucho y no tenemos nada, porque Dios nunca reconoce nuestras oraciones. ¡Ay de la incredulidad y falta de confianza!

LA PAZ DE DIOS

“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”.

38. Nota con cuánta hermosura y orden San Pablo enseña al cristiano. Primero debe regocijarse en Dios por la fe y luego mostrar paciencia y bondad a la gente. Pero cuando pregunta: “¿Cómo puedo?”, Pablo contesta: “Es Señor está cerca”. “Pero ¿qué tal si soy perseguido y todos me roban?” Pablo dice: “No estés angustiado por nada, Pide a Dios. Deja que él se preocupe”. “Pero mientras tanto estaré cansado y confundido”. “No es así; la paz de Dios te guardará”. Consideremos ahora ese pensamiento.

39. Esta paz de Dios no se debe entender como aquella paz en que Dios es quieto y contento consigo mismo, sino más bien la paz que pone en nuestros corazones de modo que estemos contentos (así como la palabra de Dios significa lo que nosotros hablamos,

oímos y creemos de él). Porque es el don de Dios, se llama “su paz”; nos da paz con Dios aunque tengamos discordia con la gente.

40. Esta paz vuela sobre toda mente, razón y entendimiento. No debes entender esto con el significado de que nadie puede sentir o percibir esta paz. Si debemos tener paz con Dios, debemos sentirla en el corazón y la conciencia. De otro modo ¿cómo podrían nuestros “corazones y pensamientos” ser guardados por esa paz? Más bien, entiéndelo de esta forma: Cuando llegan la aflicción y la adversidad a los que no saben huir a Dios en la oración, y se ponen preocupados, luego se adelantan y buscan otra paz, pero solo aquella paz que su razón puede comprender y alcanzar. La razón no conoce ninguna paz sino la que viene cuando termina el mal. Esta paz no vuela por encima de la razón sino es compatible con ella. Por tanto, se enojan y se esfuerzan según la razón hasta que obtengan esa paz quitando el mal, sea por la fuerza o por la astucia. Del mismo modo, todo el que tiene una herida entiende y busca ser sanado.

Pero los que se regocijan en Dios están contentos con tener la paz con Dios. Se quedan intrépidos en la aflicción, no desean la paz que escoge la razón, es decir, que termine el mal. Más bien, se quedan firmes y esperan la fuerza interna por medio de la fe. No preguntan si el mal será corto y durará largo tiempo, si es temporal o eterno, tampoco piensan ni les importa cómo terminará, sino dejan que Dios se encargue. No quieren saber cuándo, cómo, dónde, o por quién sucede. Por tanto, Dios misericordiosamente produce un fin del mal tal que nadie podría haberlo imaginado ni deseado.

41. Esta es la paz de la cruz, la paz de Dios, la paz de la conciencia, la paz cristiana, que hace la persona externamente calmada, satisfecha con todos y no perturbada de nadie. La razón no puede entender ni puede hacer que una persona tenga gozo bajo la cruz ni paz en medio de la discordia. Es obra de Dios, que nadie conoce excepto la persona que la ha experimentado. Esto se habló arriba, en el Segundo domingo de Adviento, en donde la Epístola dice: “Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe”. Lo que el apóstol allí llama “paz en la fe”, aquí llama “la paz de Dios”.

42. Así Pablo indica que el diablo impondrá una cruz en cualquiera que se regocija en Dios y vive en gentileza, de modo que pueda ahuyentar su intención y pueda voltear su corazón. Por tanto, el cristiano debe ser equipado contra eso, de modo que pone su paz en donde el diablo no puede alcanzarla, a saber, en Dios, y no debe pensar en cómo eliminar lo que el diablo le ha impuesto. Más bien, debe dejar que el diablo practique su malicia hasta que Dios venga y la acabe. De esta forma su corazón, mente e intención serán guardados y preservados en la paz. Aun la paciencia no podría persistir mucho tiempo si el corazón no persistiera en una paz superior, de modo que se satisface con tener la paz con Dios.

43. “Corazón” y “mente” aquí no se debe entender como la voluntad y el entendimiento natural, sino más bien, como Pablo mismo explica, como el corazón y la mente en Cristo Jesús, a saber, la voluntad y entendimiento que uno tiene en Cristo, de Cristo y bajo Cristo. Ese es la fe y el amor en toda su esencia, como está dispuesta e inclinada hacia Dios y el pueblo. Esto no es otra cosa sino que confía y ama a Dios desde el

corazón, y se inclina con corazón y mente a servir a Dios y su prójimo con todo lo que pueda y más. El diablo busca impedir esta clase de mente y corazón con temor, terror, muerte y todo infortunio, y a reemplazarlos con estrategias humanas, de modo que la persona busca consuelo y ayuda de sí mismo y de otra gente; de esta forma, la persona ya ha caído de Dios en sus propias preocupaciones.

44. En resumen, esta Epístola es una instrucción en la vida cristiana hacia Dios y el prójimo, a saber, que dejemos que Dios sea todo para nosotros y que nosotros seamos todo para otras personas, de modo que seamos para otras personas lo que Dios es para nosotros. Recibimos de Dios y damos a la gente, lo cual es resumido en las palabras “fe y amor.